



CARLOS ABELLA Y RAMALLO: *IN MEMORIAM*

Amadeo-Martín Rey y Cabieses

Doctor en Historia

Gran Cruz de *Iure Sanguinis* y Vice-Auditor General
de la Sacra y Militar Orden Constantiniana de San Jorge



El pasado día 12 de agosto de 2014 falleció en Madrid quien hasta ahora ha sido Gran Canciller de la Sacra y Militar Orden Constantiniana de San Jorge, el Excmo. Sr. Don Carlos Abella y Ramallo. Además de por su viuda, la Excma. Sra. Doña Pilar de Arístegui y Petit, notable escritora y pintora –hija, hermana, esposa y madre de diplomáticos-, Dama Gran Cruz de Justicia de la citada Orden, y por sus hijos Carlos, diplomático como él –actual Director General de Relaciones Internacionales y Extranjería del Ministerio del Interior-, Sandra, Álvaro y Pilar, y demás familia, su muerte ha sido muy sentida por toda la Orden Constantiniana que ha tenido en él un excelente gran canciller en la última década, hasta el punto de considerarse que su

mandato, siempre impulsado y apoyado por su Gran Maestre S.A.R. el Infante Don Carlos, Duque de Calabria, ha marcado un punto de inflexión en su desarrollo nacional e internacional.

Carlos Abella nació en La Coruña el 13 de abril de 1934. Ingresó muy joven en la Escuela Diplomática de la que salió para ocupar diversos puestos en el exterior, en cuatro continentes y en todos los grados del escalafón, hasta llegar al más alto. Fue Cónsul en Filipinas y Perú, Consejero Cultural en Estocolmo -en los tiempos en que era Embajador de España en aquel país S.A.R. Don Alfonso de Borbón y Dampierre, Duque de Cádiz-, Secretario General del Instituto

de Cultura Hispánica, Cónsul General en Río de Janeiro, Ministro para Asuntos Culturales de la Embajada de España en Washington, Embajador en Kenia, Uganda y Somalia, Embajador para el V Centenario del Descubrimiento de América, Inspector General de Servicios, Cónsul General en Miami y Embajador ante la Santa Sede y ante la Soberana Orden Militar de Malta, cargo que ocupó durante siete años y medio durante el pontificado del Papa San Juan Pablo II. Este período especialmente brillante de su carrera diplomática lo consagró como un verdadero maestro en su profesión, como quedó de manifiesto en su obra “Memorias confesables de un Embajador en el Vaticano” (Madrid, 2006). En el magnífico Palacio de España, la más antigua embajada existente en Roma y la embajada permanente más antigua del mundo, sobre cuya larga historia publicó una interesante obra titulada “Confesiones del Palacio de España en Roma. Si las paredes hablaran” (Madrid, 2012) recibió a innumerables personalidades pontificias e internacionales, ofreció brillantes recepciones y conciertos, convirtiendo de nuevo a nuestra Embajada en un permanente foco de cultura española.

Persona de excelentes cualidades personales y profesionales, se caracterizaba por una gran elegancia exterior e interior, siempre moderado, sosegado y sonriente sin perder la firmeza en la defensa inteligente y brillante de los valores e instituciones a las que ofreció su vida: España y S.M. el Rey, la Iglesia Católica, su mujer, sus hijos, S.A.R. el Infante Don Carlos, Duque de Calabria, la Real Casa de las Dos Sicilias y la Orden Constantiniana.

Tanto España como otros países e instituciones, amén de S.A.R. el Infante Don Carlos, le otorgaron merecidas condecoraciones. Entre otras, era caballero Gran Cruz de la Real Orden de Isabel la Católica, máxima condecoración que otorga el Ministerio de Asuntos Exteriores, y Gran Cruz de la Orden al Mérito Militar; Gran Cruz de la Orden de Pío IX, otorgada por S.S. el Papa; Gran Oficial de la Orden al Mérito de la República Italiana; collar de la Real e Insigne Orden de San Genaro, la máxima que podían otorgar los antiguos Reyes de las Dos Sicilias y que recibió del actual Jefe de la Real Casa de las Dos Sicilias, S.A.R. el Infante Don Carlos, Duque de Calabria; Baylío Gran Cruz de Justicia con collar de la citada Orden Constantiniana, máxima condecoración de esa Orden; Gran Cruz de Gracia Magistral de la Soberana Orden Militar y Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, de Rodas y de Malta; Gran Cruz de la Orden Ecuéstre del Santo Sepulcro de Jerusalén; Gran Cruz de la Orden Pro Merito Melitense; Caballero de la Orden de Carlos III, etc. Era además, ciudadano honorario del Estado de Río de Janeiro.

Durante años he tenido el gran privilegio de trabajar a su lado, de aprender de su experiencia, de sus sabios consejos y “savoir faire”, de su saber estar, de su capacidad integradora, de su notable habilidad negociadora, que sabía comprender al contrario sin ceder en lo fundamental, de su enorme laboriosidad que le llevó a estar “al pie del cañón” como gran canciller de la Orden Constantiniana incluso en momentos en que otros, con una salud no tan deteriorada por la cruel enfermedad que sufría, hubieran desistido, de su inquebrantable fidelidad y lealtad a los valores e instituciones antes citados, aún a pesar de que eso supusiera grandes sacrificios e incomprendimientos. Me sentiría dichoso con sólo haber aprendido una mínima parte de sus enseñanzas. La tristeza que hoy embarga a toda la Orden Constantiniana debe llevarnos más bien al agradecimiento a una persona excepcional y a un verdadero maestro, que luchó con ahínco para que esa Sacra Milicia se expandiera por todo el mundo y creciera en cantidad y calidad de sus miembros con el objetivo, que siempre tuvo presente, de defender a la Santa Iglesia Romana, de extender su doctrina y proclamar la Fe. Era consciente de la necesidad de que muchos y buenos sacerdotes poblaran la tierra y por eso impulsó de manera decisiva la

creación de becas para múltiples seminarios diocesanos, que facilitó gracias a su enorme conocimiento de la curia y al gran respeto y afecto que en ella despertaba.

Una de sus muchas batallas, fruto de su amor a España y de sus profundas convicciones religiosas, fue la defensa de la causa de Beatificación de la Reina Isabel la Católica de cuya comisión, constituida por el Arzobispo de Valladolid, formó parte. Fue, lo hemos dicho ya, Embajador de España, condición que llevó con una ejemplar dignidad. Pero, consciente no sólo de que se puede servir bien a la vez a su patria, España, y a la Santa Sede, sino de que un buen embajador es benéfico tanto para su país como para aquel donde está acreditado, fue un magnífico representante de los mutuos intereses de España y el Vaticano. Quizás por eso, se sentía especialmente dichoso y agradecido al Pontífice por haber recibido de San Juan Pablo II el nombramiento de Gentilhombre de Su Santidad, cargo que sólo ostentan otros dos españoles, los Condes de Tera y de Bañares. Como tal, ejerció sus funciones, durante los pontificados de los Papas San Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco, hasta en los momentos en que su enfermedad hubiera quizás recomendado mayor reposo. Le vimos en Roma, elegantísimo como siempre, con su frac –con corbatín blanco y chaleco negro- y el collar de gentilhombre acompañando a SS.MM. los Reyes en la canonización de los papas Juan XXIII y Juan Pablo II.

Sobre su muerte han escrito S.A.R. el Príncipe Don Pedro de Borbón-Dos Sicilias, Duque de Noto, y el Excmo. Sr. Don Carlos Fitz-James Stuart y Martínez de Irujo, Duque de Huéscar, gran prefecto y vice-gran prefecto, respectivamente, de la Orden Constantiniana. Me uno a ellos en la pena porque se nos ha ido un muy cercano hermano de hábito constantiniano, aunque creo firmemente en que desde el cielo seguirá ayudando a sus seres queridos y apoyando el desarrollo de esta Orden. Descansa en paz querido Carlos.

Madrid, 19 de agosto de 2014